

EDITORIAL

Por una educación con rostro de territorio

Beatriz García

Coordinadora del Centro de Formación e Investigación
Fe y Alegría Ecuador

Llegar al valle del Sade en la provincia de Esmeraldas en Ecuador es una verdadera aventura. Recuerdo que hace unos años nuestra travesía comenzó con el traslado desde Quito hasta Quinindé, este lugar es paso obligado para ir a otros poblados de la zona, allí abordamos una ranchera o “chiva”, el único medio de transporte posible para adentrarse en el valle.

En Quito se les ve a las “chivas” recorriendo las calles durante el mes de diciembre en la celebración de las fiestas quiteñas, ellas van repletas de gente que al son de la música, de un buen canelazo y de la alegría admiran la belleza de la historia de Quito manifiesta en sus calles, edificaciones y volcanes.

Pero la chiva o ranchera es, en realidad, un medio de transporte para lugares lejanos de la geografía ecuatoriana. En la “chiva” salimos a nuestro destino, acomodados en una de las varias hileras de bancas que se disponen en su plataforma, bien juntitas una de otra, abiertas al aire y polvo del camino, pero protegidas gentilmente del sol y lluvia. En una hora de recorrido cuyo camino se hacía cada vez más intrincado, nos internamos en el bosque tropical.

Entre abundante vegetación cargada de humedad se desplazaba el majestuoso río que atraviesa el Valle, ante él se levanta el desafío de ir a la otra orilla. Es allí donde sale al paso la esperada gabarra navegando apacible de una orilla a otra su caudal. Sin abandonar la ranchera, montamos la gabarra.

La lluvia torrencial que baña esta zona en muchas oportunidades

impide el paso de la gabarra, pues la crecida del río es tal que supone peligro de tránsito; entonces no queda más que esperar que las aguas vuelvan a su nivel para poder pasar sin más contratiempo. Pero ese día, la naturaleza fue benevolente y nos regaló una mañana espléndida con un río amigable que nos permitió andar sus aguas admirando su belleza y su misterio. Pasar el río era solo parte de estas horas de viaje aventurero, pues más adelante estaban esperándonos los puentecitos de madera y hierro tan delgados e inciertos que solo manos de ángeles ayudaban a que la ranchera no terminara en el abismo.

Llegamos al Sade, pero nuestro destino era el colegio de Fe y Alegría que estaba a unos kilómetros más adentro, nos despedimos de la noble ranchera, y justo nos esperaban tres motorizados, compañeros educadores del centro educativo, para trasladarnos en sus motos por el camino empedrado y sus puentes más endebles aún que los dejados atrás. Agarrarse fuerte para alguien que por primera vez conoce el territorio, era una obligación.

Finalmente, estábamos en el colegio. Mi primer impacto fue ver el corazón de Fe y Alegría palpitando en su fachada en medio de montañas que rodeaban un enorme territorio sembrado de palma africana; allá estaba el corazón rojo irradiando fe en la lejanía donde el asfalto solo está en las páginas de algún libro perdido. La alegría del recibimiento, del encuentro entre compañeros y compañeras no se hizo esperar, la alegría de los niños y niñas del internado tampoco. Ya a los pocos minutos estábamos compartiendo la mesa y la buena conversa organizando nuestra estadía de día y medio.

Solo llegar al Sade es una experiencia de impacto. Una invitación a reverenciar a educadores, estudiantes, familias que viven el silencio de la distancia, a los acompañantes que dedican esas horas de viaje, lluvia y cansancio para alcanzar el sueño de una educación humana, integral, liberadora para los hijos e hijas de ese valle. A los niños y niñas que no se cansan de regalar alegría desde sus ojos cargados de luz a pesar de la dureza de la vida que les marca.

Es allí, desde ese territorio, donde se construye de verdad la educación, es allí donde dejo que se ahoguen en el río los papeles

con los estándares de calidad pensados desde un escritorio, es allí cuando prefiero escuchar el canto del agua que va diciendo lo que verdaderamente necesitan los muchachitos y muchachitas, los maestros y maestras, las familias del valle del Sade para, desde ese lenguaje, construir educación.

Hoy vemos como el Sade es tan distinto y, al mismo tiempo, tan parecido a Usubug, Santa Mónica de Maguazo, Guamote, La Tola y tantos otros lugares donde tenemos centros educativos que están en la "frontera" de los beneficios sociales y económicos que el sistema mundo, el Estado Ecuatoriano y la indiferencia generalizada se han encargado de negar y de dejar sepultados en la noche oscura de sus caminos.

Mucha deuda existe para estos pueblos, para estos territorios, mucho más ahora que hemos vivido tiempos tan difíciles con esta pandemia y doblemente generadores de inequidad. En educación tenemos el desafío de construir de verdad una educación desde sus voces, sus historias, sus sueños y esperanzas para que la "calidad educativa e innovación" tome rostro ecuatoriano, pero también venezolano, peruano, boliviano... en sus propias diversidades y que responda a lo que necesitan para construir una vida mejor.